

Ser hombre significa ser con los demás*

1. *La incomunicabilidad de la persona*

Es patente que el hombre es un ser social, y, por ello, desea y debe vivir en sociedad. Santo Tomás incluso afirma que forma parte de la misma sociedad. De manera que: «Cualquier persona singular se compara a toda comunidad como la parte al todo».¹ Sin embargo, el término «parte» no se refiere a algo substancial. La sociedad es un todo accidental, no una totalidad substancial. Cada hombre puede mantener, por tanto, su propia entidad substancial, su personalidad. Pertenece a la sociedad como una de sus partes, pero en sentido accidental, aunque necesariamente.

Por no ser una parte de una substancia, sino de una unidad accidental, el hombre continua siendo un todo completo, una substancia metafísicamente incomunicable, una persona. Se puede definir a la persona humana como una substancia individual de naturaleza racional,² o como el subsistente distinto en la naturaleza intelectual.³ Los términos «individual» y «distinto» son utilizados para significar que no es algo común a muchos, o lo que es lo mismo su carácter de incomunicabilidad absoluta.

Al sostenerse que cada persona es incomunicable se expresa que no posee las siguientes comunicabilidades: la que tienen los accidentes

* Texto de la intervención del autor en el Curso de Verano *El enigma del hombre*, organizado por la Asociación IUVE, bajo la dirección de Edward Mulholland, y don Miguel Ortega de la Fuente, como secretario, de los «Cursos de Verano de El Escorial» de la Universidad Complutense de Madrid, celebrado durante los días 11 al 15 de julio de 1994.

1. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 64, a. 2, in c.

2. Cf. BOECIO, *Liber de persona et duabus naturis*, c. III, MIGNE, LXIV, col. 1343.

3. Cf. SANTO TOMÁS, *De Potentia*, q. 9, a. 4, in. c.

respecto a la substancia a la que pertenecen; la comunicación de lo universal a lo singular o individual; la propia de las partes substanciales con respecto al todo substancial; la comunicabilidad de las substancias incompletas con respecto a lo que constituye el compuesto substancial; la comunicación de la substancia singular respecto a lo que es común o indistinto; y la de la substancia individual completa, que sea asumida por una persona superior. Se significa, por tanto, la completa incomunicabilidad.

La misma palabra «persona» queda afectada por la significación de incomunicación. Tiene unas características lógicas y gramaticales peculiares. «Persona» no significa un concepto universal de naturaleza. No es un predicado que atribuya «naturaleza racional» u otra determinación de naturaleza o esencia. Los significados de los nombres comunes expresan siempre naturalezas. En cambio, el de persona se refiere directamente a lo individual subsistente, a lo subsistente distinto, a la substancia incomunicable, cuya naturaleza es racional.

Gramatical y lógicamente, el término «persona» posee un significado universal o general, en cuanto se refiere a muchos sujetos, a todos los seres personales. Sin embargo, en sí mismo, el nombre no expresa un concepto universal, una naturaleza común, que puede ser predicada a muchos. Ni tampoco la intelectualidad o espiritualidad de las que participan las personas.

«Persona» es un término, que de modo indeterminado, o de una manera vaga o común —y esta es su única diferencia con los nombres propios—, se refiere a lo incomunicable o individual, en que consiste el ser personal. Al igual que los nombres propios, el nombre «persona» no expresa la naturaleza humana —como hace el nombre común «hombre»—, sino el ser personal propio e individual, y, por tanto, único e irrepetible, de cada hombre. Significa a una individualidad pero no por parte de la naturaleza. Además, «persona» significa indeterminadamente a todos los individuos personales, y en este sentido participa del nombre común, pero siempre apuntando su intención significativa a lo individual o incomunicable.

2. *La comunicación humana*

Esta doctrina tomista de la persona, recientemente ha sido descalificada por algunos, acusándola de «substancialista» o «cosificadora» y, con ello, negadora de la comunicación interpersonal del ser humano.⁴ En lugar de definir la persona por la incomunicabilidad, se propone caracterizarla por la relación, la comunicación humana. De manera que no puede decirse que las personas «existen en un principio cada una en su reserva, para entrar después en relación con las otras y formar con ellas una comunidad. Comunidad y persona se sitúan a la vez; una persona no existe sino como relación con las otras personas. Su realidad

4. Véase: K. HEMMERLE, *Tesi di Ontologia trinitaria*, Roma, Città Nuova, 1976.

es la de un ser relacional. Un "yo" no tiene sentido sino en su relación con los otros "yo".⁵

La persona no es, sino que se constituye en la relación con los demás. La persona sería lo que se ha constituido en la relación interpersonal, en la comunidad, no algo anterior a la misma. El constitutivo formal, la raíz y causa de sus perfecciones y dignidad, sería la relación humana.

Esta doctrina «relacional» de la persona, si se considera en sí misma, presenta muchas dificultades. En primer lugar, porque, al insistirse en el carácter locutivo y manifestativo del conocimiento intelectual, parece olvidarse la premisa de que ello implica que hay alguien que manifiesta, es decir, la persona humana. Igualmente al hacer hincapié en el carácter de donación de todo amor de amistad, también parece ignorarse la anterioridad del sujeto y el objeto de esta forma suprema de amor, propio de las personas, que son las que posibilitan la misma relación de amistad.

En segundo lugar, hay una radical imposibilidad de comunicación por medio del lenguaje intelectual y por el amor de donación, si no se admiten unas aptitudes para ello, y unas inclinaciones, que tienen que encontrarse en seres personales humanos, con una constitución metafísica, que las explica. Es preciso reconocer, en el sujeto y en el término de toda comunicación, un ser que permita comprender el origen de sus facultades intencionales, que hacen posible tal comunicación.

Por último, debe tenerse en cuenta que, en todo diálogo, los interlocutores son «en sí» antes de ser «a otro». Son personas o subsistentes en naturaleza racional, antes que dialogantes. Es, por consiguientes, imposible que dialogando alguien se constituya en persona. Por lo mismo, tampoco que debe el ser personal a otro con su diálogo. «¿Acaso podría alguien entrar en relación de amistad con otro, sin reconocer en sí mismo y en el otro, con anterioridad fundante respecto de tal apertura a la convivencia amistosa, la estructura ontológica por la que sean aptos para entrar en la comunicación vital o en el amor?».

Además, como también indica Canals Vidal: «La relación fundada en la acción se sigue de la causación efectiva del fundamento real de la relación en el término de tal acción: se engendran hijos si se generan vitalmente personas humanas, y la acción generadora no causa la "filialidad", sino los vivientes de naturaleza humana que son así hijos de sus padres». ⁶ Por ello, la relación no puede ser constitutiva de sus sujetos, sino que éstos son su fundamento y la causa de tales sujetos no ha estado dirigida a causar la relación que sustentan. En ninguna relación se da la constitución del ser personal. Tales relaciones se dan precisamente porque sus sujetos son seres personales, que se reconocen como personal y, por tanto, con la aptitud para entrar en comunicación.

5. J. GALOT, *La persona de Cristo*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1971, p. 47.

6. F. CANALS VIDAL, «Ser personal y relación interpersonal», en E. FORMENT (ED.), *Dignidad personal, comunidad humana y orden jurídico*, Editorial Balmes, Barcelona, 1994, 2 vols., I, p. 34.

Santo Tomás, por el contrario, pudo establecer la dimensión comunicativa o social de la persona humana, basándose en su doctrina metafísica de la persona. La incomunicabilidad ontológica de la persona en vez de impedir la incomunicabilidad social la posibilita. La concepción de la persona como subsistente distinto e incomunicable no sólo no impide la comunicación intelectual y afectiva, sino que la origina.⁷ Las relaciones interpersonales se explican así por la subsistencia personal de sus términos. El ser personal es la raíz profunda de la orientación de la persona al diálogo y a la amistad, que fundamentan la convivencia social. Toda relación interpersonal presupone y exige la vida personal.

Comentando estas tesis centrales de la concepción tomista de la persona, ha escrito Abelardo Lobato: «La vida personal lleva consigo por tanto una dosis de *soledad* y otra de *comunicación*. Cada persona tiene que mantenerse y desplegarse en el ser, desde su propio centro, con una autonomía que le da su propio sello; pero ese propio ser tiene una dimensión de comunicación con los sujetos semejantes, con otras personas, con las cuales entra en relación. *Sustancia y relación*, ser en sí, con el modo más noble de existencia, y ser *para otro* son polos complementarios en la persona».⁸

3. *Persona y sociedad*

Todo ser vivo se relaciona con el mundo que le rodea, con su medio ambiente, porque tiene unas necesidades básicas: su propia conservación y su crecimiento o desarrollo. Para satisfacerlas necesita del exterior, que debe reunir unas ciertas condiciones, a las que, dentro de unos márgenes, el viviente puede adaptarse. Igualmente la vida personal requiere la comunicación con el mundo de las otras personas, para su propia promoción. La persona humana necesita de la agrupación con los demás, para lograr su perfección.

Como también ha indicado Lobato: «El ser personal no existe ni se realiza a solas. La persona humana es un ser familiar y comunitario que adquiere su promoción a través de las relaciones con el otro, con los otros sujetos personales, en una mutua reciprocidad».⁹ Nunca la persona es, en ningún aspecto ni en circunstancia alguna, independiente absolutamente de la sociedad. Parte de su propio bien lo obtiene del bien común de la comunidad. De la cooperación de las personas en la sociedad se logra el bien común de la misma, y gracias a este bien cada persona puede

7. Véase: J. MARTÍNEZ PORCELL, *Metafísica de la persona*, PPU, Barcelona, 1992, pp. 233 y 235.

8. ABELARDO LOBATO, «La persona en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino», en *Atti del Congresso S. Tommaso*, Roma-Napoli, 1974, vol. VII, pp. 274-293, p. 286.

9. *Idem*, «La humanidad del hombre en Santo Tomás de Aquino», en *Atti del IX Congresso Tomistico Internazionale*, Città del Vaticano, 1991, vol. I, pp. 51-82, p. 80.

conseguir unos grados de perfección de todo tipo, desde el bienestar material, hasta los bienes culturales y morales, que fuera de la sociedad le serían imposibles de alcanzar.

Según Santo Tomás, la primera finalidad esencial de la sociedad es, por consiguiente, la de proporcionar a cada persona que la constituye la ambientación y los instrumentos necesarios para que pueda alcanzar su perfección, y, por tanto, para que pueda colmar su capacidad de felicidad. La persona humana, por su misma naturaleza, esta ordenada a la felicidad. Inicialmente esta destinación se manifiesta de un modo potencial e indeterminado. Por esta vaguedad se encuentra en su inteligencia y en su voluntad una cierta indeterminación respecto a toda verdad y a todo bien, que proporcionan la perfección y felicidad.

Para que las tendencias del entendimiento y de la voluntad a la verdad y al bien se expliciten y puedan alcanzar sus fines, es necesario que se desarrollen. La sociedad debe procurar todas las ayudas imprescindibles para el despliegue de la vida interior de las personas. Por una parte, los bienes necesarios para lograr el bienestar material, que tienen una «prioridad de urgencia». Por otra, los que permiten acceder directamente a los bienes espirituales, tanto los culturales como los éticos y los religiosos, y que tienen una «prioridad de dignidad».¹⁰ La sociedad por consiguiente, está subordinada a la vida interior de las personas.

La sociedad existe para este fin de cada uno de los hombres que la forman. Finalidad que es un factor de unificación social. Es posible, incluso definir la sociedad como una comunidad de causa final, o como una comunidad en torno al ideal supremo de la felicidad. La sociedad nunca es un fin para las personas, sino un medio, que ayuda a la consecución del bien, no sólo de la inteligencia y de la voluntad, sino de toda la persona humana, y, por tanto, de la felicidad.

La segunda finalidad de la sociedad, tan esencial como la anterior, no viene requerida por la imperfección de la persona, que hace que necesite de unos bienes que no puede obtener en soledad. Es mucho más profunda, porque viene exigida por la propia perfección de la persona. El bien que es la persona misma como tal, necesita expansionarse o comunicarse. En la sociedad, comunidad personal o unidad interpersonal, la persona prolonga la plenitud de su vida interior, la comunica a otras personas. Tal comunicación se logra plenamente en el amor de amistad.

Se puede definir el amor de amistad, como «mutua benevolencia y comunicación en las operaciones de la vida», de la vida personal.¹¹ Con ello, no sólo se indican las cualidades constitutivas de la misma —benevolencia, reciprocidad y comunicación, sino también de una manera implícita su carácter social. Si la persona, como también sostiene Santo Tomás, es «lo más perfecto en la naturaleza»,¹² es asimismo, lo

10. Véase: A. MILLÁN-PUELLES, *Voz en GER* (Gran Enciclopedia Rialp, Rialp, Madrid, 1971): *Bien común*, 4, p. 225.

11. ARISTÓTELES, *Ética*, VIII, 2, 3.

12. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 3, in c.

más bueno, y, por tanto, lo que tiende mayormente a difundirse, a comunicarse. Por la propia perfección, la persona necesita expansionarse o comunicarse en el más alto grado posible para ella. La persona, podría decirse, es lo más comunicativo de toda la naturaleza. Tal comunicación se realiza en el amor de amistad o amor de donación. La inclinación de la persona a entregar su propio bien, su perfección propia, explica el motivo por el que la amistad tiene que ser siempre benevolente o desinteresada, y además la misma existencia de la sociedad, ámbito de esta comunicación personal.

4. *El peligro de la comunicación*

El obstáculo más grave que no permite esta comunicación interpersonal, la mutua donación de la vida personal, es el egoísmo. El amor para consigo mismo está relacionado con el llamado instinto de conservación del individuo. Por tres caracteres se distingue de este último. «En primer lugar, se dirige sólo al mundo del prójimo, mientras que el instinto de conservación del individuo se halla dirigido al conjunto del ambiente. Es condición previa del egoísmo —y esto constituye la segunda diferencia— la vivencia del “ego” o del desgajamiento y enfrentamiento con el ambiente exterior. Y en tercer lugar, el egoísmo va mucho más allá de la medida de lo biológicamente necesario, le falta el carácter minimalista que es propio del instinto de la propia conservación y propende al exceso».¹³

El egoísta quiere no sólo conservar la vida, sino además tener una buena vida, mucho mejor que todos los demás. Según Santo Tomás es un amor desordenado de sí mismo, un amor a sí con prioridad o exclusión de todos los demás. Asimismo, afirma que el egoísmo «es causa» de todos los males,¹⁴ es su principio y su fundamento. Su origen está en la inclinación desordenada de todas las facultades humanas. Este estado de insubordinación de las fuerzas psíquicas del hombre, innegable y misterioso para la razón humana, es algo habitual en el mismo, que se actualiza por su voluntad, convirtiéndose en egoísmo, en sentido propio.

Sostiene el Aquinate que el amor de sí es «bueno y obligatorio», pero si está desordenado es egoísmo, es el cerrarse a todo otro amor, no respetar ninguna jerarquía en el orden natural del amor y, en definitiva, en convertirse a sí mismo en el fin absoluto de la propia vida. Podría hablarse de un «egoísmo sano», o el amor ordenado de sí mismo, natural e incluso obligatorio, y de la «egolatría», o amor de sí desordenado e ilegítimo. «Cuanto más intensamente es dominada una persona por la egolatría, cuanto más absorbentes son las tendencias a afianzarse y a

13. PHILIPP LERSCH, *La estructura de la personalidad*, Editorial Scientia, Barcelona, 1963, 3ª ed., p. 126.

14. Véase: SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I-II, q. 77, a. 4, in c.

imponerse, tanto menos espacio queda en su vida anímica para las tendencias transitivas», y, por tanto, para la comunicación personal.¹⁵

Esta incapacidad para la comunión interpersonal «aparece frente al prójimo como una falta de bondad, simpatía y amor, de consideración y de comprensión. En lugar de estas tendencias se encuentran en la actitud del ególatra hacia su prójimo, la de utilizarlo incluso sin escrúpulos, la frialdad, la dureza y la indiferencia». No sólo no se respeta la dignidad de las personas humanas, considerándolas, como cosas, sino que tampoco la actitud ante lo no personal es correcta. «A los ególatras les falta, por su intensa ligazón consigo mismos, no sólo la entrega hacia las personas, sino también hacia las cosas. Cuanto más intenso es el egoísmo de una persona, tanto menor es su disposición a reconocer y aceptar deberes en sus relaciones con las cosas».¹⁶

5. *El mal moral*

Del egoísmo, como si fuese su tierra de cultivo, brotan los otros males, que igualmente impiden la comunicación personal. Resultan primeiramente del egoísmo, o del exceso del amor a sí mismo, los denominados vicios capitales, por ser cabezas o puntos de partida y principios directivos de todos los demás vicios.

Para explicar la génesis de los siete vicios capitales, en primer lugar recuerda Santo Tomás que el deseo desordenado del bien y de la felicidad y el apartarse del mismo por el mal que conlleva, puede ser de dos modos generales. Según la *apetición concupiscible*, que es la atracción hacia un bien o repulsión ante un mal, considerados en sí mismos; y según la *apetición irascible*, cuyos objetos son arduos y difíciles. La primera es de dos tipos: *natural*, cuando lo deleitable viene exigido por la naturaleza del hombre o del animal; y *no natural*, o cultural o espiritual, cuando, para ser deleitable el objeto, ha tenido que intervenir la aprehensión intelectual, o la imaginación.

La concupiscencia natural «tiende a las cosas de que nuestra naturaleza se sustenta, ya sea en orden a la conservación del individuo, como la comida, la bebida y cosas de este género, ya sea en cuanto a la conservación de la especie, como en lo referente a lo sexual». El deseo o concupiscencia no natural «es del alma, es decir, de aquellas cosas que no afectan sensiblemente a la sustentación o al deleite de la carne, sino que son deleitables por medio de una aprehensión imaginativa o de otro tipo, como son el dinero, el adorno en los vestidos y todo lo demás de este carácter».¹⁷ Se trata de un deseo que no está arraigado de modo inmediato en la naturaleza, sino en lo racional o espiritual.

En segundo lugar, advierte el Aquinate que: «El bien del hombre es triple: (...) del alma (...) del cuerpo (...) y el bien exterior». Respecto al

15. P. LERSCH, *La estructura de la personalidad*, op. cit., p. 127.

16. *Obid.*, pp. 127-128.

17. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I-II, q. 77, a. 5, in c.

primero, añade, la mera inteligencia nos presenta como un bien los honores y las alabanzas. Si se desean desordenadamente se cae en el vicio de la *vanagloria*, que es, por tanto, un desorden del apetito concupiscible espiritual.

Los bienes del cuerpo lo son en cuanto referidos a la conservación del individuo y de la especie. Al arraigarse los deseos desordenados dirigidos a estos fines se constituyen los vicios de la *gula* y la *lujuria* respectivamente. Aunque en ellos más que el fin propio de las tendencias naturales se busca el placer sensible, que sigue de modo natural a su ejercicio. Su origen, por consiguiente, se encuentra en el trastorno de la concupiscencia natural.

En relación a los bienes exteriores, como son las riquezas, sostiene Santo Tomás que, en su apatición desordenada, consiste la *avaricia*. Vicio capital originado en el apetito concupiscible «espiritual», porque el carácter de bien del dinero y de los bienes materiales quedan mediatizados por algo cultural.

Los otros tres vicios capitales aparecen con el desorden del apetito irascible. La dificultad que entraña un bien, que es vista como un mal, puede provocar el vicio de la *acedia*. A veces se ha confundido con la pereza, vicio opuesto a la laboriosidad. La *acedia* es la tristeza por los bienes espirituales, que origina falta de ánimo, desgana y depresión.

Otra huida del bien por el mal que implica, pero del prójimo, es la *envidia*, que supone el entristecerse por este bien que nos excede, y, por ello, es sentido como mal. Otra posibilidad de huida del bien del prójimo, pero implicando venganza de una manera desordenada, es la *ira*.¹⁸ Estos tres vicios del apetito irascible son todos culturales, porque: «las pasiones irascibles no se dividen en dos, sino que se configuran con la concupiscencia psíquica», y en este sentido no son naturales.¹⁹

Tampoco la soberbia es un vicio natural, sino espiritual. «La soberbia es el apetito inmoderado de la propia excelencia, fuera de la recta razón».²⁰ Sin embargo, no es un vicio capital. Es más que cualquiera de ellos, tiene una máxima capitalidad, porque es el fin a que tienden todos los actos malos. La soberbia no es, por tanto, un punto de partida o un comienzo de los vicios. Es un punto de llegada, al que se accede desde otros. Santo Tomás considera que, la soberbia se arraiga en el apetito irascible. De ahí que no se fácil caer en este vicio, como en los concupiscibles, tanto naturales como psíquicos, e incluso los mismos de lo irascible. Por su dificultad, la soberbia supone una actitud muy consciente y, por lo mismo, una mayor responsabilidad y culpabilidad que en los otros.

Lo primero en cuanto a la realización del mal no es la soberbia, sino la *avaricia*. Como primer vicio permite colmar el mayor número de deseos desordenados. La avaricia es como la raíz de un árbol, que propor-

18. *Ibid.*, I-II, q. 84, a. 4, in c.

19. *Ibid.*, I-II, q. 77, a. 5, in c.

20. *Ibid.*, I-II, q. 84, a. 2, in c.

ciona alimento al resto del vegetal. Del deseo desordenado de los bienes útiles brotan muchos vicios, pero sobre toda la *vanagloria*, porque con la codicia de las riquezas el hombre se envanece, busca la «perfección y la excelencia», al magen de la debida ordenación. Desde esta excelencia vana se puede llegar finalmente a la soberbia, a la desviación egocéntrica de la propia excelencia.

Por los caminos de los desordenes de la concupiscencia espiritual, el enriquecimiento y la vanagloria u orgullo se va hacia la soberbia. En cambio, es mucho más difícil desembocar en este vicio, que es el inicio de todos los demás, en cuanto al orden de la intención o en cuanto a su fin, por los caminos de la gula y la lujuria, vicios de la concupiscencia natural. Por ello, estos últimos son menos graves que los que llevan a la soberbia. Por el contrario, implican una debilidad en quien incurre en ellos, que queda, en este sentido, «humillado».

6. *El ser-para-otro*

Todos los vicios egoístas impiden la paz personal y también la paz social o la concordia, que posibilita y esta incluida en la primera, la paz interna, que es, por tanto, una paz más plena. La discordia y la disensión entre los miembros de la sociedad queda removida por la justicia, que pone orden, y, por tanto, hace desaparecer los desordenes que imposibilitan toda paz. Sin embargo, la virtud de la justicia es sólo causa indirecta de la paz, ya que sólo aparta sus impedimentos.

La paz es un efecto propio y directo del amor de amistad. Según la doctrina del amor de Santo Tomás, puede decirse que la amistad es un amor de benevolencia recíproco entre las personas, causado por su semejanza en un bien; amor, que es una unión afectuosa de una persona con otra, que produce una mutua inhesión afectiva entre ellas y una comunicación de vida personal. Por ello, al unir efectivamente a las personas, causa la paz externa.

Sin el peso del egoísmo y de sus frutos, la persona no sólo adquiere la paz, la «tranquilidad del orden»,²¹ tal como la definió San Agustín, sino que también le permite el poder amar a los demás, a sus familiares, a sus amigos, a los conocidos, vecinos, conciudadanos y a todas las personas humanas. El amor personal es querer el bien no para sí, tal como se aman las cosas, sino para el otro. Esta benevolencia, que únicamente se puede tener a las personas, pues sólo ellas son capaces de poseerlo plenamente, engendra normalmente la reciprocidad, y, con ella, aparece la unión afectuosa y el deseo de comunicación, que se da también en sentido pleno solamente entre personas.

El ser humano no está hecho para la soledad, ni tampoco para únicamente convivir con los demás, ser-con-otro, sino para ser-para-otro, para ser amigo de los demás. Si la situación humana es la de ser-con-otro, entonces la persona únicamente «coexiste con sus prójimos —que

21. SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, XIX, 13, 1.

siente muy lejanos— como mera contigüedad física», y no hay verdadera comunicación. «Sin amistad no hay verdadera comunicación. No hay convivencia porque no hay relación auténtica entre el yo y el tú». ²²

Se concibe a menudo el amor como una aspiración a ser comprendido, apreciado, acogido y, por tanto, en ser amado. Sin embargo, la tendencia al amor también implica necesariamente la difusión, el derramarse, el dar. Tan necesario es para la persona el recibir amor como comunicarlo. Incluso pueda afirmarse que la vertiente de donación del amor es generalmente previa a la de recibir.

Son varias las modalidades de ser-para-otro, que constituyen distintos grados de amor de donación o de amistad. Como: la *simpatía* —por la cual «el prójimo es aceptado como pareja, como compañero»—; la *estima* —por ella «el otro es aceptado como digno de figurar en el escenario de la convivencia, como camarada de igual valor», a diferencia de la simpatía que parece no tener motivo, se estima a una persona «por una determinada cualidad o como ser humano en general»—; y el *respeto*, que «contiene un tener-en-más-a-los-demás, o sea una subordinación del propio valer o de la propia dignidad a los valores de los otros». ²³ Sus contrarios, la antipatía, el desprecio y la burla, se derivan de los vicios capitales enumerados.

Otra modalidad, que se encuentra ya en un nivel superior, la constituye la *compasión*. En ella, «somos estimulados por la situación psíquica del otro como por un valor que en cierto modo nos concierne y que nos hace dirigirnos al tú de un modo muy particular, lo cual se manifiesta en que experimentemos determinados impulsos a la acción». En este impulso a la ayuda, se dan igualmente grados. Por ejemplo, en el *lamentar*, es menor. También pueden compartirse otros sentimientos, como en el *alegrarse-con-los-demás*.

Igualmente estas virtudes tienen sus vicios opuestos, que de manera genérica podrían denominarse tipos de *crueledad*. «Mientras que en la *brutalidad* la desconsideración y la ausencia de compasión dependen de un defecto de imaginación, o sea que el sujeto brutal hace daño por embotamiento mental, es precisamente la nota característica de la *crueledad* el que reviva el dolor, el daño del otro sin sentir compasión, de modo que la crueldad se basa a menudo precisamente en una percepción refinada de los dolores ajenos». ²⁴

7. La amabilidad

La importancia del amor de amistad, específicamente distinto del amor de concupiscencia o de deseo, que provocan los seres no-personales, las cosas —aunque por una deformación se puede ilegítimamente tam-

22. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Tratado de Metafísica. Teoría de la «habencia»*, Limusa, México, 1982, 1ª ed., p. 341.

23. P. LERSCH, *La estructura de la personalidad*, pp. 220-223.

24. *Ibid.*, p. 224.

bién dirigir a los personales—, queda patentizada igualmente en el grado más inferior del amor de donación o de benevolencia, constitutivo esencial del amor de amistad: la *amabilidad*. La virtud de la amabilidad o afabilidad ayuda a la consecución de la amistad y de su efecto social: la adecuada y plena comunicación humana.

La amabilidad, que provoca siempre la simpatía del otro, es un modo de amor que hace cordial o placentero el trato con los demás, porque, como explica Santo Tomás: «tiene por objeto propio agradar a quienes rodean al hombre».²⁵ No puede considerarse propiamente como un tipo de amor de amistad, por no incluir todos sus constitutivos. La amabilidad, según el Aquinate: «consiste únicamente en las palabras o hechos exteriores». En cambio, la amistad «consiste principalmente en los afectos con que se ama a otra persona».²⁶

La virtud de la amabilidad tiene un vicio por defecto, que Santo Tomás denomina *litigio*, y que es más amplio que la antipatía, porque implica la aspereza en el trato, el ser hosco y desapacible. El litigioso o contencioso tiene el llamado «espíritu de contradicción», porque su finalidad no es complacer y alegrar, como la amabilidad, sino el de molestar y entristecer.²⁷ Hay también otro vicio opuesto a la amabilidad, por exceso: la *adulación*, que igualmente, como la virtud, se procura agradar al otro, pero buscando con ello algún beneficio. Sin embargo, como advierte el Aquinate, a veces, aún sin buscarse ventaja propia, sino el bien del otro, puede darse este exceso, y, por tanto, desorden, pues, en ocasiones es «necesario desagradar por conseguir un nuevo bien o por evitar un mal».²⁸

Debe tenerse en cuenta que: «Por ser más opuesto a la afabilidad el litigio que la adulación, es preferible que quien pretende llegar al medio de la virtud procure desviarse más hacia la adulación que hacia el litigio; se esfuerce, en otros términos, excederse complaciendo que contristando».²⁹ Además de este consejo práctico, es conveniente saber que el reprochar a alguien sus defectos puede hacer que persevere en ellos. El no mostrar que los conocemos, y, en cambio, resaltar sus virtudes, siempre le será beneficioso.

La virtud de la amabilidad es conforme y conveniente a la naturaleza humana, igual que la de la amistad, «porque nacimos para ser amigos, aunque a veces nos empeñemos en cultivar enemistades».³⁰ Al igual que ella, la amabilidad se adquiere. Se ha escrito que los que tienen dificultades en esta comunicación afectiva, uno de los modos en que se manifiesta el amor: «Si se esmeran en mantener constantemente ese tono

25. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 115, a. 1, in c.

26. *Ibid.*, II-II, q. 114, a. 1, ad 1.

27. *Ibid.*, II-II, q. 116, a. 1, in c.

28. *Ibid.*, II-II, q. 115, a. 1, in c.

29. CAYETANO, *In Summa Theologiae*, II-II, q. 116, a. 1, n. 3.

30. A. BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Tratado de Metafísica. Teoría de la «habencia»*, op. cit., p. 338.

amable, en pocas semanas notarán que se van haciendo más y más simpáticos. Es un esfuerzo que vale la pena. En realidad cuesta el mismo trabajo ser simpático que ser antipático. Es mucho más rentable lo primero. No tiene más que ventajas».³¹

Si alguien no siente la amabilidad como algo natural en su carácter, debe modificarlo, «portándose constantemente como si fuese simpático. Al cabo de poco tiempo creará un hábito, será su modo espontáneo de respuesta, y comenzará a notar un eco de simpatía en los demás, tanto en la relación privada como la pública».³² Aconseja el mismo autor que, para ello: «Conviene ser amable permanentemente, en la oficina, en casa con su mujer o sus hijos, hasta consigo mismo cuando se mire en el espejo. Debe lograr que esta actividad forme una segunda naturaleza, que sea su reacción espontánea». Respecto a las ventajas de esta virtud adquirida, comenta seguidamente: «Se va a quedar asombrado de cómo cambia el curso de su vida en un sentido positivo. Encima va a estar mucho más contento, mejora su imagen pública y, si es cristiano, cumple con un precepto fundamental de su religión. ¿Qué más quiere como recompensa a un pequeño esfuerzo?».³³

La amabilidad tiene como efecto inmediato hacer más agradable y placentera la vida de las otras personas, e indirectamente la propia. Se confirma así lo que parece ser una ley práctica de la vida del hombre: el bien que se hace, al igual que el mal, aunque se dirijan directamente a los demás, siempre vuelven a su autor, por más que no se pretenda.

También la amabilidad, que puede identificarse con la cordialidad, afecta a la relación del hombre con todo lo otro. Ser amable o cordial «es hacer resonar e iluminar el mundo que nos rodea, dejarlo llegar directamente a la propia intimidad como un horizonte del yo que tiene en sí su sentido y su valor de los que nuestra propia existencia recibe plenitud y sentido». De ahí que: «la cordialidad se muestra también en el amor a las cosas, a las plantas, a los animales».³⁴

La comunicación interpersonal se fomenta con la amabilidad o bondad de corazón, porque produce como efectos suyos el trato delicado, la sonrisa dulce, el que las palabras nunca sean hirientes ni mortificantes, ni tampoco bruscas e imperiosas, la alabanza sin adulación, el cuidado en no lastimar, el ser complacientes e indulgente, el desinterés y la generosidad, el no regatear el tiempo para los demás, la conversación agradable para todo el mundo, el saber escuchar e interesarse por los otros, y el ser profundamente agradecido. En síntesis: «en estar también pendiente de los demás, y no sólo de sí mismo».³⁵ que es en lo que consiste, en definitiva la amabilidad.

31. JUAN ANTONIO VALLEJO-NAGERA, *Aprender a hablar en público hoy*, Planeta, Barcelona, 1990, p. 40.

32. *Ibid.* Para ello deben extremar «la cortesía y la afabilidad».

33. *Ibid.*, p. 42.

34. P. LERSCH, *La estructura de la personalidad*, op. cit., p. 245.

35. J. A. VALLEJO-NAGERA, *Aprender a hablar en público hoy*, op. cit., p. 40.

La misma comunicación humana requiere, por consiguiente, una conversión personal frente a la fácil tendencia de ceder al egoísmo, y a todas las imperfecciones que origina: amar a las otras personas, cada vez con mayor intensidad; tratar de complacer en todo a los demás, poniéndonos a su servicio; y buscar su dicha. Podría decirse de manera sintética que hay que procurar siempre y en todo: *pensar bien* del otro, porque en el interior del hombre comienzan a desarrollarse lo bueno y lo malo; *hablar bien* del otro, de manera que el lenguaje sea de paz y de unidad; y *hacer el bien* al otro, que en ninguna ocasión sufra por nuestra culpa.

DR. EUDALDO FORMENT
Universidad de Barcelona